

Norberto Galasso

La Historia Social
Corrientes historiográficas en la
Argentina (continuación)

© 2004, Centro Cultural
"Enrique Santos Discépolo"



Cuadernos para la Otra Historia
© Centro Cultural "Enrique S. Discépolo"
Buenos Aires, Argentina
www.discepolo.org.ar

1- “HISTORIA SOCIAL” Y “ESCUELA DE LOS ANNALES”

La Historia Social nace bajo el gobierno de la llamada “revolución libertadora”, “en el contexto de la modernización intelectual posterior a 1955”, según la opinión de Luis Alberto Romero¹. Uno de sus propulsores es **José Luis Romero**, quien se desempeña como interventor de la Universidad de Buenos Aires, bajo dicho gobierno (1955/56). Asimismo, **Tulio Alperín Donghi**, quien se constituirá en el principal referente de esta corriente, ocupa el cargo de Decano de la Facultad de Filosofía y Letras y rector de la Universidad del Litoral (1957).

En primera instancia, sorprende que esta nueva corriente -de perfil socialdemócrata- emerja en ese marco político donde no sólo el gobierno proscribió al partido que expresa a la mayoría de los trabajadores, sino cuando en el área educacional prepondera el ministro Atilio Dell’Oro Maini, quien años atrás lideraba grupos de choque antiobreros, como la Asociación Nacional del Trabajo. Sin embargo, esta aparente paradoja resulta explicable a la luz del amplio frente antiperonista construido entre la clase dominante y la clase media que permite convivir en ese gobierno al socialista Alfredo L. Palacios, como embajador en la República Oriental del Uruguay, con el Alte. Rojas en la vicepresidencia de la Nación, cuyo fascismo palpita por debajo de la máscara “liberal y democrática” de “Mayo-Caseros”.

La aparición de la Historia Social se produce, bajo la acción del interventor Romero, cuando se crean los Institutos de Sociología, a cargo de Gino Germani y de Economía, a cargo de Julio Olivera, al tiempo que nace la cátedra de Historia Social General. Poco después, el libro *Argentina, sociedad de masas*, constituye una de las primeras expresiones de esta corriente.

Esta corriente historiográfica se halla signada por la fuerte influencia de la escuela “Annales d’histoire économique et sociale”, iniciada en Francia en 1929, por Marc Bloch y Lucien Febvre y enriquecida, luego, con los aportes de Fernand Braudel. Dicha escuela renovó los métodos de investigación aportando el bagaje de otras disciplinas para alcanzar una comprensión más completa y rica del fenómeno histórico: la geografía, la demografía, la estadística, la economía, etc. Lucien Febvre sostuvo: “La historia se hace con documentos escritos. Pero también puede hacerse, debe hacerse, sin documentos escritos si éstos no existen. Con todo lo que el ingenio del historiador pueda permitirle utilizar para fabricar su miel, a falta de las flores usuales. Por tanto, con palabras, con signos, con paisajes y con tejas. Con formas de campo y malas hierbas. Con eclipses de luna y cabestros. Con exámenes periciales de piedras realizados por geólogos y análisis de espadas de metal, realizados por químicos. En una palabra: con todo lo que siendo del hombre, expresa al hombre, significa la presencia, la actividad, los gustos y las formas de ser del hombre”².

Esta nueva manera de “hacer historia” alcanza gran importancia en Europa y gana espacios académicos en la postguerra. Sin embargo, desde 1968, sus adeptos tienden a caer en la microhistoria, desdeñando los grandes relatos y volcándose hacia una óptica fragmentada de los problemas (posmodernismo). Desde otro punto de vista, si bien la escuela tomó elementos del Marxismo (por ejemplo, reduce la importancia del rol de los individuos), en buena parte de sus integrantes prevalece la influencia del biologismo social y la sociología norteamericana, de donde resulta que el conflicto y la contradicción dejan paso a la búsqueda de la adaptación y el equilibrio como constante del proceso histórico.



Bajo esta influencia se desarrolla, en la Argentina, la Historia Social. Por esta razón, implica una renovación metodológica (al incorporar la sociología, la economía, los cuadros estadísticos, etc., enriqueciendo la información y facilitando la interpretación). Asimismo, en el campo hermenéutico, lima las aristas más irritantes de la vieja Historia Oficial, reconociendo defectos a algunos próceres liberales, así como admitiendo algún mérito a figuras anteriormente denigradas.

La Historia Social -si nos atenemos a ese enriquecimiento metodológico- constituye la gran oportunidad para una profunda revisión de la Historia Oficial y su variante, la Nueva Escuela. Pero varios factores se conjugan para que los nuevos instrumentos, tan afinados, en vez de ser abocados a esa tarea, se utilicen al servicio de la ideología de la clase dominante. Entre otros, dos factores inciden para que ello ocurra: el clima antipopular reinante en el momento en que surge esta corriente (1955) y por otro lado, la pertenencia de sus principales propulsores a la pequeña burguesía liberal atada ideológicamente a la minoría dominante. Así incorpora nuevos análisis, enriquece la información, atempera algunos desmesurados juicios de valor, pero concluye respetando lo esencial del viejo relato, en tanto legitimación de la oligarquía y descalificación de los hombres y procesos que expresan a las masas populares. Es decir, da una versión más elaborada, más “científica”, menos ingenua de la vieja historia fabricada después de Pavón, una versión remozada, con nuevos cosméticos, bajo los cuales se resguardan los viejos íconos.

Una prueba de esta subordinación reside en que no sólo perpetúa la apología de Mitre, exaltándolo como historiador y político, sino que cultiva el mismo odio o el mismo desdén hacia figuras como Felipe Varela o el Chacho. Ese empecinamiento de Halperín Donghi por destruir la imagen de José Hernández, rescatar a Sarmiento o encontrar aspectos positivos en el gobierno del Gral. Agustín P. Justo, empalma aceitadamente con su “furibundo antiperonismo”, según juicio textual de Jorge Castañeda³. Por esto, las profesoras Hilda Sabato y María T. Gramuglio sostienen que Halperín no vacilaría en coincidir con Borges en preferir la “civilización” propuesta por Sarmiento en *Facundo*, a la “barbarie” del Martín Fierro⁴.

El mismo Halperín, en un comentario sobre la obra de José Luis Romero, admite que la nueva corriente trata de “ilustrar y enriquecer, pero no poner en crisis a la línea tradicional”, pues “el país debe enriquecer pero también reivindicar la tradición política-ideológica legada por su siglo XIX”⁵, en buen romance, el mitrismo.

No resulta pues, una mera casualidad que la Historia Social impere hoy en la Universidad de la Argentina, justamente cuando sobre el país impera toda la fuerza del interés extranjero, imponiendo un siniestro modelo económico en perjuicio del pueblo y “las relaciones carnales” en política exterior. Seguidamente se analizan los aspectos más importantes relativos a los tres principales exponentes de la Historia Social: José Luis Romero, Tulio Halperín Donghi y Luis Alberto Romero.

2- JOSÉ LUIS ROMERO (1909-1977)

Como se comprobará a lo largo de este trabajo, Romero (padre) presenta caracteres singulares que lo distinguen de los actuales popes de la Historia Social, especialmente su vocación por los “grandes relatos”, el compromiso político parejo con la investigación histórica, así como una mayor amplitud de criterio y suficiente capacidad



para replantear posiciones, con modesta perseverancia y rechazo de pontificaciones desdeñosas.

Romero es, por sobre todo, un especialista en cuestiones históricas europeas (la Edad Media y la aparición de los burgos), con preferente interés por los aspectos culturales.

“Empecé a escribir en 1932” -recuerda- pero “ya en 1926 ó en 1927 empecé a leer Historia Griega y eso fue lo que me apasionó y lo que me cautivó. Y seguí trabajando en Historia Griega bastante... Siendo joven realicé un trabajo que se llama *El Estado y las facciones en la antigüedad*. Luego, hice mi tesis sobre historia romana (*Los Gracos y la formación de la idea imperial*)... Finalmente, recalé en la Historia Medieval que es en lo que vengo trabajando desde 1938 ó 1939 y ese es mi oficio”⁶.

Hacia 1942 alcanza la docencia en La Plata, luego de dictar algunos cursos en el Colegio Libre de Estudios Superiores. Alberto Ciria señala que “en 1946 el régimen peronista lo privó de sus cargos en la enseñanza” y que esos años “definieron en Romero su temprana madurez de investigador... trabajando en fuentes medievales en Harvard (1951-52), durante su primera beca Guggenheim”⁷ y también dictando clases en Uruguay. Por entonces, publicó: *Maquiavello historiador* (1943), *Sobre la biografía y la historia* (1945), *El ciclo de la Revolución Contemporánea* (1948), *La Edad Media* (1949), *De Herodoto a Polibio* (1952) y *La cultura occidental* (1953). Dirige asimismo, entre 1953 y 1956, la revista *Imago Mundi*, de historia de la cultura. Durante esa época, sólo publica, referido a la Argentina, el folleto *Mitre, un historiador frente al destino nacional* (1943) y el libro *Las ideas políticas en Argentina* (1946).

Se trata, pues, cuando ejerce la intervención de la UBA, de un historiador que ya ha realizado una importante obra especializada en la época medieval y en el período de surgimiento de la burguesía, con especial preocupación por los temas de la cultura occidental. En cambio, poco ha escrito sobre nuestro país. El mismo sostiene, en 1956, al publicar *Argentina: imágenes y perspectivas*: “Me apresuro a declarar que no soy especialista de historia argentina... Quizás conozca mejor los textos medievales que los documentos de nuestros archivos”⁸. Veinte años después cuando Félix Luna le pregunta: “¿Por qué fuera de su libro *Ideas Políticas en Argentina*”, usted se ha dedicado tan poco a la historia argentina?”, contesta: “- Mi oficio fue otro... Recalé en la historia medieval... lo que he hecho sobre historia argentina siempre ha sido movido más por una vocación ciudadana que por una vocación intelectual. Yo digo siempre que soy un medievalista, pero, en realidad, soy un especialista en historia occidental”⁹. “Su tema era, en realidad, la burguesía -comenta su hijo Luis Alberto- Él fue un historiador de la burguesía y el mundo burgués... *Las ideas políticas en Argentina* fue un encargo significativo porque era joven y no tenía tradición como historiador argentino, pero lo seleccionaron a él los del Fondo de Cultura Económica”¹⁰. Señala además: “Él era un historiador social y cultural, en una época en la que predominaba la Nueva Escuela Histórica, mal llamada positivista. Era europeísta cuando aquí se pensaba que la única investigación consistía en ir al Archivo General de la Nación y abocarse a la historia argentina. No era que no lo respetaran pero decían que era un filósofo de la historia”¹¹.

De este modo, cuando crea la cátedra de Historia Social General (1956), el objetivo de Romero consiste en modernizar la enseñanza y la investigación y no proviene de cuestionamiento alguno a la Historia Oficial. Su único libro dedicado a Historia Argentina: -*Las ideas políticas*... (pues el trabajo sobre Mitre es apenas un folleto que resume dos conferencias)- no manifiesta corte, ni ruptura alguna, con la historia



argentina difundida hasta ese momento por los distintos niveles de la enseñanza y dominante en los medios. Dado su ideología social-demócrata o liberal de izquierda, su interpretación se aproxima a algunos textos de lo que llamamos “mitromarxismo”, aunque denota mayor seriedad en algunos enfoques y originalidad en otros (la era aluvial: el tema de la inmigración).

La labor desarrollada posteriormente por Romero continúa dando preferencia a los temas de la cultura occidental y en segundo término a cuestiones latinoamericanas, manteniendo la inquietud por lo argentino en nivel inferior. Entre 1963 y 1965 se desempeña como decano de la Facultad de Filosofía y Letras y luego -señala Ciria- “largas temporadas en Europa lo llevaron a dictar cursos magistrales en la Ecole Pratique des Hautes Etudes (París, 1965) y a profundizar su conocimiento sobre las burguesías emergentes y en general, acerca de las culturas urbanas. Esta posición fue prolongada en viajes por América Latina y una segunda beca Guggenheim, lo acercó a los más importantes centros universitarios de los Estados Unidos¹². Así, en 1967 publica *La Revolución Burguesa en el mundo feudal; Crisis y orden en el mundo feudo-burgués* y *Latinoamérica: situaciones e ideologías* (1968). En 1970, lanza *El pensamiento político de la derecha latinoamericana*, en 1972 dirige *La gran historia de Latinoamérica* y en 1976, publica *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. En esos años, sólo reincide en la historia argentina cuando amplía las *Ideas políticas en Argentina* en un nuevo libro: *El desarrollo de las ideas políticas de la sociedad Argentina en el siglo XX* (1965). A su muerte, producida en febrero de 1977 en Tokio (adonde había concurrido en su carácter de miembro del Rectorado de la Universidad de Naciones Unidas) deja dos trabajos: uno, inconcluso; *La estructura histórica del mundo urbano* y otro, corregido, que se editó en 1978: *Breve historia de la Argentina*. Asimismo, en 1978, la Editorial de Belgrano publica *Conversaciones con José Luis Romero* (grabadas por Félix Luna en Octubre de 1976).

Más allá del reconocido prestigio de Romero como historiador de temas europeos, es necesario aquilatar su labor en la historiografía nacional por sus obras, rectificaciones y replanteos, como así también por su compromiso político que él juzgaba indisolublemente ligado a la labor historiográfica. “Todo su trabajo -recuerda su hijo- estaba organizado en torno a la idea de un gran relato, en el sentido de que no hay cortes entre el pasado, presente y futuro... él era un académico pero también un militante”¹³. “La historia era -para él- iniciadora de la acción”¹⁴. En un artículo publicado en Clarín, Halperín refiere la iniciación política de Romero: “En 1930, Alejandro Korn, consciente de que el rumbo del proceso argentino no podía eludir una redefinición, había pedido a la etapa que se abría que enriqueciese el programa alberdiano, integrando en él dos nuevas metas: las consignas de la nueva hora debían ser cultura nacional y justicia social. Romero estaba convencido de la justicia de ese diagnóstico que era a la vez un programa, y para apoyarlo iba a formar en 1931, en las filas de la alianza civil (acuerdo de los partidos Demócrata Progresista y Socialista). Pero, como es sabido, las consignas que ésta había enarbolado en vano, iban a ser recogidas en lo sustancial e instrumentadas con vista a finalidades políticas del todo opuestas, por el movimiento que todavía hoy (1997) gravita con fuerza incomparable en la vida nacional”¹⁵. (Más allá del gratuito estallido antiperonista, cabría señalarle a Halperín que esas banderas teóricas de los demo-socialistas se vaciaban a través de su conducta política al legitimar el fraude de 1931, en vez de acompañar a la “resistencia radical” en su abstención).



Esta inserción del joven Romero (22 años) en el viejo partido socialista explica que en la década siguiente milita en el antiperonismo, así como que su libro *Las Ideas Políticas en Argentina* pueda equipararse a otros ensayos provenientes de la izquierda liberal donde la Historia Oficial queda indemne. Así exalta, por ejemplo, al período rivadaviano: “Rivadavia y García emprendieron una labor de renovación profunda. Rivadavia fue el cerebro de ese gobierno, siguiendo las inspiraciones de los pensadores liberales. Su obra de progreso quedó indeleble y justificó que Mitre lo llamara el más grande hombre de los argentinos”¹⁶. Del mismo modo, elogia el período mitrista iniciado en 1862 como “de afirmación nacional” y “política de principios”¹⁷, y sostiene que “la guerra del Paraguay contribuyó eficazmente a asentar el principio de la unidad nacional, pues “al cabo de cinco años de lucha había surgido una idea más viva de la comunidad argentina”¹⁸. Señala también que “en el período comprendido entre 1862 y 1880... Mitre, Sarmiento y Avellaneda... llevaron al triunfo dos ideales fielmente arraigados en su ánimo: el de la afirmación de la unidad nacional y el de la afirmación de la política de principios”¹⁹, legitimando así la subordinación del país al imperialismo inglés. Con relación al peronismo, Romero cae en la clasificación de “fascismo”²⁰, denomina “lumpenproletariat” a la clase trabajadora argentina²¹ y concluye sus reflexiones citando a Américo Ghioldi para demostrar que “el partido socialista es la izquierda del país”²², sin olvidarse de brindar elogios al Partido Comunista²³ y concluir señalando que “el socialismo argentino ha procurado compenetrarse con la tradición liberal que anima las etapas mejores de nuestro desarrollo político”²⁴ (A pesar de estos juicios, característicos de la izquierda liberal, en diversas partes del libro, Romero marca matices importantes para con ella).

3- LOS REPLANTEOS DE JOSÉ LUIS ROMERO

Veinte años después, en *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX* (1965), Romero evidencia cierto distanciamiento de las posiciones asumidas en *Las ideas...* Por ejemplo, reconoce la importancia del yrigoyenismo como fenómeno de masas, define al grupo “Sur” como elitista, reproduce un texto de Lisandro De La Torre de fuerte tono antibritánico, critica el Pacto Roca-Runciman, distingue entre el intervencionismo de F. Pinedo y el posterior intervencionismo del peronismo (diferencia que muchos años después, Halperín persiste en negar) y reproduce un texto importante de Perón de 1944, aunque mantiene su posición antiperonista. Además de predominar en el libro una mayor madurez para juzgar los procesos políticos y las posiciones ideológicas, Romero, con gran honestidad intelectual, menciona allí al revisionismo histórico, destaca la labor del grupo FORJA e incluso se detiene a analizar a figuras “malditas” para la clase dominante como Manuel Ugarte, Raúl Scalabrini Ortiz y Carlos Astrada. Tan importante resulta el cambio que Halperín Donghi -para quien Ugarte, Scalabrini, Forja y el revisionismo de cualquier pelaje son simplemente despreciables- sostiene que “los últimos capítulos de ese libro se resienten... en parte porque Romero aparece por una vez trabajando por el deber de solidaridad con los amigos y de honrada cortesía con los adversarios. El resultado es que su dibujo de figuras y posiciones es poco incisivo y el que debía ser cuadro rico en claroscuros arriesga a ratos reducirse a desvaída fotografía de un grupo endomingado”²⁵.

También en 1976, en sus conversaciones con Félix Luna, Romero toma distancia de la concepción sarmientina, manifestando que la oposición “ciudad-mundo rural”



constituye una agudeza de Sarmiento pero que él (Romero) no comparte la calificación y juicio de valor sostenida por el sanjuanino²⁶.

Resulta interesante observar, asimismo, que en sus últimos años modera la admiración por Bartolomé Mitre sostenida en su juventud. En 1943, había publicado *Mitre, un historiador frente al destino nacional*, constituido por dos conferencias leídas en el Colegio Libre de Estudios Superiores, editadas como folleto por el diario “La Nación” y luego, incorporado a *Argentina: imágenes y perspectivas*, en 1956. Este trabajo, el primero dedicado a la Argentina por el joven historiador atrapado por la ideología dominante, constituye una abrumadora apología de Don Bartolo: “Espíritu poderoso y creador... (de) inalterable convicción de demócrata... patriarca de la nación... Murió un día -un día memorable por la profundidad del duelo público- como muere un padre amado, cuya voz no se querría dejar de oír y cuya leyenda ya comienza a enturbiar su historia humana... el luchador de las buenas causas, arquitecto de una nación”²⁷.

Para aquel Romero, en Mitre “se ajustan”, “coexisten”, “se unifican” el historiador y el político, “con un sistema de ideas compacto y coherente para explicar el pasado y guiar su conducta política hacia el futuro argentino”²⁸. El reconocimiento de esta unidad (la ideología que preside la acción política de Mitre colorea, asimismo, su relato histórico) es correcto sólo que Romero no la entiende como la consolidación política ideológica de la oligarquía porteña asociada al capital inglés sino como “expresión de la libertad y la democracia”, de la misma lucha “de Belgrano, San Martín, Rivadavia y Lavalle” de “repulsión hacia las autocracias”, de “condenación a los caudillos”²⁹. Esta posición se reitera en *Las ideas políticas en Argentina*, donde reivindica tanto la Historia Oficial como la guerra llevada “contra el dictador López”. Sin embargo, en las conversaciones con Félix Luna, en 1976, si bien Romero ratifica su respeto por Mitre, amengua su identificación: “Tengo gran respeto por la obra de Mitre. Veo una pasión que es vital, intelectual, política y racional. Creo que él quiso crear la estructura intelectual de la Nación, darle a la Nación una estructura en la que entren todos sus elementos y en la que se viera que esa comunidad argentina es algo que tiene fisonomía, personalidad y estilo. Y lo hizo con verdadera pasión y mucho rigor...”. Pero agrega: “Si esa vocación que él descubrió es la justa, si para definir esa vocación desdeñó ciertas cosas (es posible, no tiene por qué ser perfecto) el esfuerzo fue, sin embargo, inmenso... Hay una enorme cantidad de objeciones posibles. Yo resumiría lo que usted está pensando de la colonización española, de la tradición hispánica y de su perpetuación en el movimiento de la montonera. Lo resumiría diciendo que el defecto de la concepción de Mitre es la ignorancia del interior. Desde ese punto de vista, tiene que haber otro Mitre un día... Es urgente escribir una historia del país en la que Buenos Aires y el interior jueguen de una manera armónica y en la que el destino del país sea la suma de las dos cosas”³⁰.

Coincidente con este replanteo, en su trabajo póstumo *Breve historia...*, ya no califica a Solano López como “dictador”, ni juzga que “la guerra del Paraguay contribuyó eficazmente a asentar el principio de la unidad nacional”, como lo había sostenido en 1946, en *Las ideas...*

Cabe observar, sin embargo, que Halperín Donghi desprecia estos replanteos de Romero para filiarlo férreamente a la Historia Social, en tanto ratificación y remozamiento del mitrismo.



Así, en 1996, toma ese ensayo sobre Mitre y el libro *Las ideas políticas* para colocar el prestigio internacional de Romero al servicio de la Historia Social y del mitrismo: *Las ideas políticas en Argentina* razona y continúa la interpretación del pasado nacional propuesta por los clásicos de la historiografía argentina y sobre todo por Mitre, incorporando armoniosamente a esa versión del pasado nacional los aportes de la Nueva Escuela... Ello explica la fortuna alcanzada bien pronto por el libro que (reconoce Halperín) irritaba un poco a su autor, que hubiera querido ser conocido por obras en que estaba poniendo más de sí mismo. Al inscribirse deliberadamente en una línea tradicional que se propone ilustrar y enriquecer, pero no poner en crisis con sus aportes, Romero continúa en su trabajo de historiador actitudes que eran las suyas en el campo político: “...el país debe enriquecer pero también reivindicar la tradición política-ideológica legada por su siglo XIX³¹. Después de usar a Romero para alcanzar su objetivo -poner a la Historia social a los pies del mitrismo, a través de un historiador de prestigio internacional- Halperín completa el círculo recurriendo al viejo trabajo juvenil de Romero sobre Mitre: “Esa legítima continuidad entre esfuerzo de reconstrucción histórica y definición de objetivos políticos es explorada en el escrito quizás más feliz entre los dedicados a temas argentinos -*Mitre, un historiador frente al destino nacional*- en donde subraya la unidad de inspiración entre la obra historiográfica y la actividad política de Mitre y proporciona, de la primera, una interpretación admirable de justeza y riqueza de perspectivas³².

Otro de los aspectos interesantes para evaluar la evolución de Romero (p.) reside en su vida política, especialmente por su convicción de que la pasión por la historia debe constituirse en guía para la acción política. Después de adherir al socialismo reformista, en los años '30, y desde allí sostener una dura posición antiperonista, Romero se convierte hacia 1956/7 en el intérprete de las posiciones de la juventud dentro del partido en abierta oposición a la derecha encabezada por Américo Ghioldi, Juan Antonio Solari y Nicolás Repetto. Su hijo Luis Alberto lo recuerda así: “Mi padre participó en la dirección del Partido Socialista con el grupo de personas que se abrirían de alguna manera a los peronistas y acompañó a la corriente interna de izquierda en la penúltima división. Me refiero a la de 1956, cuando en el partido estaba Alfredo Palacios y Alicia Moreau de Justo. No querían dialogar ni con Perón ni con el peronismo doctrinario, pero sí con los trabajadores peronistas. Luego, mi padre acompañó al Socialismo de Vanguardia y llegó hasta 1961 en la fracción interna más a la izquierda. Se alejó porque el partido decidió apoyar la candidatura del peronista Framini”. Luego, agrega: “Fue siempre un opositor, un antiperonista”³³.

En la conversación con Luna, Romero (p.) ratifica su juicio crítico respecto al peronismo -sustentado también en su *Breve historia de la Argentina*- pero, sin embargo, se observa que esa posición se morigera, acentuando la óptica social. Así, señala que hay que indagar “el problema del mestizaje” y agrega: “Aquí se produjeron migraciones internas en la década del '30. Los porteños, siempre tan vivos, enseguida les llamamos ‘cabecitas negras’, a nuestros ‘hermanos del interior’. Los miramos con sorna, pero son la historia viva del país y nadie sabe quienes son, ni ellos mismos. El proceso de cruza, no se conoce ni en lo étnico, ni en la aculturación”³⁴. Se refiere, asimismo, al avance social alcanzado, “en los últimos treinta años (1946/76), en la dignificación de los sectores populares: “Mi adolescencia y juventud han transcurrido en una época en que se tuteaba al mozo. Yo lo he hecho (cabría aclarar que hoy, cuando se produce, alcanza reciprocidad y no, en aquella época). Algo negativo, horrible. Me parece horrible, pero era normal. Se lo he visto hacer a mi padre, a mis amigos y parecía normal. Después descubrimos que no se podía hacer. Y creo que



hemos ganado mucho, pero mucho... ¿Quién llama ahora al mozo golpeando las palmas?... Ese sentimiento de la dignidad ha crecido de una manera notable”³⁵.

En otra parte, sostiene: “Se ha realizado un proceso muy agudo de toma de conciencia social por parte de las clases populares. Creo que este es el hecho básico. Esto ha ocurrido al compás de la obra política de Perón pero debajo, por encima y al costado de la obra política de Perón”³⁶.

Alberto Ciria, en *Redacción*, reproduce un texto de Romero (p.) donde se ratifica que su posición respecto al peronismo resultaba cada vez de mayor comprensión y que también, en este aspecto, se distingue del “furibundo antiperonismo” de Halperín: “... El problema no consistió fundamentalmente en lo que Perón pudo sugerir a unos y a otros, sino en el caudal de los anhelos insatisfechos que la sociedad argentina puso al descubierto después de tantas frustraciones. En eso consistió el carisma de Perón, en lo que todos le otorgaron con la esperanza de que él lo encarnara (en 1973). Sólo en pequeña parte fue responsabilidad suya el defraudarlos, volviendo a lo que había sido el peronismo histórico, aquel esquema político en que creía el núcleo primigenio del movimiento y cuyo despliegue había otorgado, sin duda, beneficios concretos a vastos sectores de las clases populares”³⁷.

Evidentemente, estos replanteos no alcanzan a la comprensión de la cuestión nacional, ni al cuestionamiento de la Historia Oficial, pero lo colocan a Romero (p.) a estimable distancia política e historiográfica de Halperín, como de Luis Alberto Romero.

4- TULLIO HALPERÍN DONGHI

Nacido en 1925, egresa de la Universidad con los títulos de abogado y doctor en filosofía y letras. A los 26 años, publica su primera obra: *El pensamiento de Echeverría*.

En 1955, participa de la ola antiperonista y es designado profesor de “Introducción a la historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad del Litoral. Poco después, se desempeña como Decano de la Facultad y luego Rector de la Universidad.

Significativamente, a pesar de sus escasos antecedentes, colabora -más como ensayista político que como historiador- en el número de fines de 1955 de la revista *SUR*, dirigida por Victoria Ocampo, dedicado a exaltar las virtudes de la llamada “revolución libertadora”. Su artículo *La historiografía argentina en la hora de la libertad* es reproducido, después, en su libro *Argentina en el callejón*. Allí se despacha desdeñosamente respecto a “la dictadura”, que “tampoco trajo, en el campo historiográfico, ni para bien ni para mal, nada de sustancialmente nuevo, salvo ciertas trabas absurdas y humillantes” y canta loas a “la libertadora”, la cual ofrece a los historiadores la posibilidad de superar la estancada Nueva Escuela Histórica³⁸. Al pasar, no olvida echar una parrafada a favor del padre de la oligarquía y de la historia argentina: “la grandeza de las grandes obras históricas (en nuestro país, la de Mitre)”³⁹. Poco tiempo después renueva su presencia, también preponderando el analista político sobre el historiador. Lo hace en *Contorno* con el artículo *Del fascismo al peronismo*. Sienta allí la tesis del peronismo contrarrevolucionario, cuyo jefe “fascista” pretende desplegarlo como tentativa fascista pero sin lograrlo⁴⁰. Sostiene que Perón impuso “la máxima dosis de fascismo posible que la Argentina de



postguerra era capaz de soportar”⁴¹. Luego, agrega, con ironía aristocrática: “Los trabajadores creían candorosamente que las jubilaciones y las licencias por enfermedad eran ya revolución social”⁴². Después, inaugura su costumbre de estallar en irrupciones ‘gorilas’, relatando falsedades: “Los festejos (peronistas) tenían clara voluntad sacrílega: desde las danzas orgiásticas en la sala de espera de la estación Once hasta los gritos indeciblemente obscenos con que sus partidarios recibieron en su primera aparición pública a la esposa del jefe del movimiento”⁴³. En este artículo también elogia a Mitre, para lo cual no encuentra nada mejor que contraponerlo a Perón: “Mitre, el fundador de la Argentina que el peronismo quiso abolir” superó los obstáculos “para hacer obra eficaz y dirigir la Nación en el sentido que se había propuesto”, mientras, en cambio, Perón, no siendo estadista, resultó “incapaz de abarcar la realidad en su conjunto” y fracasó al apelar a “un ideario, el fascismo, ajeno a esa realidad”⁴⁴.

En 1958, publica otro artículo en *Contorno (El frondizismo en el espejo de la historia)* y da a conocer su tesis, ya bajo la influencia de la escuela de “Los Annales”: “Mi tesis doctoral sobre moriscos y valencianos la preparé en París en L’Ecole Pratique donde trabajé con F. Braudel”⁴⁵. “Me impresionó mucho la prioridad de preguntas del grupo Annales: estudiar la sociedad a partir de sus parámetros básicos: dimensiones físicas, geográficas, económicas”⁴⁶.

Tres años más tarde, regresa al campo político y lo hace otra vez del brazo de Victoria Ocampo, al cumplirse el 30mo. Aniversario de la revista *SUR*. El artículo de Halperín se titula *Crónica del período* y aparece en el volumen *Argentina 1930-1960* (Edit. SUR). Tiempo después, este artículo ocupa la mayor parte de *Argentina en el callejón*.

Como ha podido apreciarse, si la Historia Social como corriente historiográfica aparece en pleno furor antiperonista del gobierno de Aramburu, esta identificación se acentúa en Halperín, no sólo alto funcionario universitario sino impulsado como gran intelectual por la señora Ocampo, estanciera y dueña de *SUR*, la misma que ha lanzado a Borges a la fama europea, empecinada ahora en crear un Borges en el campo de la Historia. ¿Por qué habría de producirse semejante empeño? Cualquiera diría que la clase dominante consagra historiadores para que ellos le laven las culpas cuando armen el relato o alguno, más deslenguado, para que le oculten los crímenes. ¿Será posible semejante cosa?

5- HALPERÍN DONGHI Y EL RIGOR HISTÓRICO

En dicho ensayo, Halperín comete algunos errores que llamativamente no han sido detectados por los críticos más rigurosos. Uno consiste en sostener que el 17 de Octubre estaba previamente organizado.

Otro, adjudicarle a Evita un rol principal en esos sucesos. Pero lo más importante radica en que Halperín libera a la oligarquía de su acción criminal, engañando a los lectores incautos, quienes después de leer la página 64 juzgan que el 16 de Junio de 1955, frente a “la heroicidad” desplegada por quienes ansiaban derrocar al gobierno peronista, sólo se produjo alguna violencia en las horas de la noche, cuando grupos exaltados incendiaron iglesias. Véase el texto:

“El 16 de Junio, a la protesta desarmada, siguió la tentativa de golpe militar: una parte de la marina y la aviación se alzó contra el gobierno, bombardeando y ametrallando lugares



céntricos de Buenos Aires. Esa noche, sofocado el movimiento, ardieron las iglesias del centro de la ciudad, saqueadas por la muchedumbre e incendiadas por equipos especializados que actuaron con rapidez y eficacia en San Francisco, en Santo Domingo. El fuego se llevó todo hasta dejar tan sólo el ladrillo calcinado de los muros; las cúpulas levantadas y rotas por la presión de los gases de combustión, dejaron paso a llamaradas gigantescas⁴⁷.

Ardieron varias iglesias en esa noche, efectivamente y es lamentable tanta reliquia devorada por el fuego. Halperín lo explica minuciosamente: el modo eficaz y rápido con que actuaron los equipos, lo que ocurrió con las cúpulas, los ladrillos -ay-calcinados y hasta supone, por su cuenta, que las ignaras turbas, como él las debe imaginar, se dieron tiempo para robar algunas pertenencias. Pero, ¿y los muertos, Halperín? ¿Los argentinos masacrados por “los aviadores de la Libertad”, esos “mierdas”, como los calificó el Che?⁴⁸ ¿Y la Plaza de Mayo cubierta de cadáveres? ¿Y los otros muertos, allá en “el Bajo”, en la tarde, cuando huían los últimos aviones y ametrallaron cerca de la CGT? ¿Dónde están, en su relato?

Convengamos que se trata de uno de los hechos más violentos y trágicos de nuestra historia. El Alte. Isaac F. Rojas, en sus memorias, admite que la primera estimación alcanzaba a un millar de víctimas: 156 muertos y 900 heridos⁴⁹. El historiador Joseph A. Page señala que *La Nación*, del 17 de Junio, reconoce 355 muertos y más de 600 heridos⁵⁰. Y el periodista Jorge Lozano, en una investigación para la revista *Extra*, sostiene que, en las inmediaciones de Plaza de Mayo, yacían más de dos mil muertos⁵¹.

¿Por qué oculta la tragedia, mi estimado Halperín? El bombardeo de una ciudad abierta, con ómnibus estallando en masas humanas despedazadas, en sangre y horror. Están las imágenes. Luis Gregorich, que no es peronista, las reprodujo en *La República Perdida*, pero lo que se le ha perdido a Halperín no es la república sino la masacre. Supongo que Victoria habrá agradecido esta trapisonda histórica llevada a cabo por el máximo historiador de la Argentina, según afirma buena parte de la docencia universitaria. Ahora, uno humildemente pregunta: ¿éste es el criterio científico que la Historia Social pretende insuflar en los estudiantes? Admitamos, sin embargo, que podría no tratarse de una omisión interesada sino que, dado su antiperonismo, Halperín inconscientemente borró el hecho, más preocupado por el escenario dantesco de esa misma noche. Podría también aducirse que el fervor antiperonista se encontraba muy exaltado en 1960 y esto habría obnubilado la visión penetrante del historiador, impidiéndole observar el espectáculo de horror que mostraba la plaza histórica. Pero, ocurre, que varios años después, Halperín publica *La democracia de masas* y allí, en la página 83, señala:

“El 16 de Junio -cinco días después de la desafiante procesión del Corpus- estallaba un alzamiento apoyado sobre todo por la marina de guerra. Luego de horas de combate en torno del edificio del Ministerio de Marina y de un bombardeo y ametrallamiento aéreo del centro de la capital por los revolucionarios, el gobierno pudo sofocar al reducido grupo de insurgentes: esa noche, tras una concentración convocada por la Confederación General del Trabajo cuando aún duraban las acciones aéreas, las iglesias del centro de



Buenos Aires, fueron incendiadas; no resulta difícil comprender que, luego de ver caer a su lado a las víctimas del fuego rebelde (aquí aparecen las víctimas, aunque parece referirse a soldados muertos en combate) así, la espontánea cólera de una muchedumbre por otra parte raleada por la prudencia, no basta para explicar la uniforme eficacia que la operación mostró en todas partes”⁵².

A partir de aquí, dedica más de diez líneas al tema de los incendios de iglesias, de manera tal que los muertos -aparecidos tangencialmente- tampoco adquieren relevancia, ni la espantosa masacre alcanza a ser percibida por el lector.

Cualquier análisis objetivo de este texto inevitablemente concluiría imputando al profesor Halperín una manipulación histórica dirigida a escamotear la gravísima responsabilidad de quienes masacraron por odio de clase, única explicación posible del asesinato en masa.

Pero todavía hay algo más grave en este libro de Halperín que llevaría a suponer una acción premeditada y sistemática por parte del historiador: también excluye de la historia argentina a los 7 muertos y 93 heridos⁵³, resultantes del atentado terrorista del 15 de Abril de 1953 y también, como en el caso anterior, se dedica a analizar los incendios nocturnos y las detenciones que devinieron a causa de esa tragedia: “Perón lanza una violenta campaña de moralización de la administración pública y de las prácticas comerciales, apoyada en abundantes prisiones de tenderos y en un nutrido plan de actos públicos. En uno de ellos, el discurso del presidente es interrumpido por el estallido de varias bombas, la respuesta inmediata es el incendio oficioso de las sedes de los partidos opositores y del Jockey Club, a él siguen detenciones masivas de opositores seleccionados de modo algo errático: la de la señora Victoria Ocampo...”⁵⁴. Otra vez, Halperín nos oculta los muertos. Otra vez, el lector, el estudiante, el investigador quedan desinformados de que las bombas, colocadas por un grupo de radicales, provocaron muertes y heridas en militantes peronistas que participaban del acto.

De nuevo Halperín nos informa acerca de los muros calcinados e incluso que doña Victoria Ocampo fue detenida (permaneció treinta días en la cárcel), suceso desgraciado y verdadero padecimiento para una exquisita intelectual como ella pero que -suponemos- ni Halperín ni nadie puede juzgar más importante que la muerte de varias personas.

De esto se concluye que la clase dominante puede reprimir sin vacilaciones mientras haya historiadores del tipo de Halperín, cuyo rigor histórico se aplicará a cualquier tema o suceso salvo cuando sean asesinados los hombres y mujeres del pueblo.

“Los muertos que vos matasteis” -se le podría señalar a la clase dominante- gozan de buena salud en los libros de Halperín.

6- ILUSTRAR Y ENRIQUECER PERO NO PONER EN CRISIS A LA LÍNEA TRADICIONAL

El prestigio del que goza Halperín obliga a reflexionar sobre algunas de sus obras y especialmente sobre la ideología que las nutre.

En este sentido, cabe abordar *Historia contemporánea de América Latina*, editado en varias oportunidades, en razón de ser texto recomendado por las cátedras, libro



“nacido de un estímulo crudamente editorial, pues me lo pidió Einaudi”⁵⁵, comenta Halperín.

En esta obra, llama la atención que no aborde la cuestión fundamental de la unidad latinoamericana, es decir, la identidad histórica, lingüística, territorial y cultural que le otorga a América Latina la naturaleza de Nación. No se ocupa con atención de las causas de la fragmentación, ni de la necesidad de la reconstrucción. Tampoco plantea la dificultad de las historias de “las patrias chicas” para categorizar a caudillos y políticos que han cubierto roles importantes en diversos países (*San Martín* en Argentina, Chile y Perú, *Artigas* en la Banda Oriental y el Litoral Argentino, *Bolívar* en Venezuela, Colombia, Ecuador y Perú, el *Che* en Guatemala, Cuba y Bolivia y tantos otros). Sus luchas sólo son comprensibles desde la óptica de la Patria Grande pues, de otro modo, en “las historias chicas”, aparecerían como intrusos. Aquí, Halperín coincide una vez más con Mitre, para quien “nosotros estamos más cerca de Europa que de cualquier otro país de América Latina”, posición que Halperín ratifica al sostener la tesis de que Inglaterra no favoreció la segmentación sino que incluso promovió la unificación sin lograrla.

En lo que respecta a esta cuestión nacional-latinoamericana, hubiera resultado de enorme interés comparar el crecimiento hacia adentro, con altos aranceles aduaneros, impulsado por la burguesía nacionalista e industrial yaqui, desde el noreste, que vigorizó tanto la unificación de los Estados Unidos, como el crecimiento económico, después de la guerra de Secesión y contraponerlo al diferente proceso de las guerras civiles en América Latina, donde el triunfo de las burguesías comerciales, liberales y proeuropeas impidió, tanto la unificación, como el crecimiento hacia adentro, generando los estados desunidos de América Latina, cada uno girando alrededor de economías monoproducidas, dependientes, “los veinte hermanos viviendo de espalda”, como señala Methol Ferré. Esto serviría, según el criterio de Romero (p.) - quien entendía a la historia como guía para la acción- para conocer los perjuicios del libre comercio y de la desintegración y concurrir a evitarlos, enfilando hacia un nuevo destino.

Pero ni Halperín, ni Romero (h.), participan de la devoción por los grandes relatos, ni por el compromiso político que sostenía Romero (p.).

Otra obra de Halperín que alcanza repercusión es *Revolución y Guerra: formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, libro que surgió “de una invitación de Orfila, en aquel tiempo, ejecutivo de Fondo de Cultura Económica”⁵⁶. Quizás éste sea el mejor trabajo de Halperín, desde el punto de vista de la utilización de diversas disciplinas -al uso de los Anales- para enriquecer el cuadro histórico. Así, aparecen interesantes análisis de ciertas zonas del país, con sus singularidades geográficas, económicas, demográficas, culturales, etc. Sin embargo, en la interpretación de los sucesos, prevalece el viejo mitrismo. Así, ignora el plan de operaciones de Mariano Moreno y no relaciona la revolución americana con la revolución española del 2 de Mayo de 1808, es decir, aceptando la tesis mitrista de que la Revolución de Mayo posee naturaleza separatista (antihispánica) y pro-británica.

Esta tesis, tan grata a la oligarquía pro-inglesa, ha sido refutada ya con suficiente documentación y necesariamente Halperín debió advertirlo al analizar 1810/11 en su *Historia Contemporánea de América Latina*, como también en su trabajo *Tradición Política Española e Ideología Revolucionaria de Mayo* (Eudeba, 1961). Del mismo modo, se niega a aceptar que la quiebra de la estructura económica del interior



obedece a la libre importación, adjudicándola, en cambio, a la guerra (se supone que a la guerra de emancipación, porque si se refiere a la guerra civil dejaría sin explicar el motivo de la misma, que es precisamente la política del puerto único y el comercio libre practicado por la oligarquía porteña con lo cual tomaría, como causa, aquello que es, precisamente, efecto). Otro aspecto discutible reside en su análisis del ejército, colocándolo al margen de las clases sociales, como si fuera una clase o casta, posición que puede resultar simpática a algún lector de clase media que profesa el antimilitarismo abstracto, pero que carece de apoyatura sólida en un plano científico. Finalmente, más allá de algunos aportes originales o alguna que otra disidencia con el panteón oficial (exalta a Rivadavia entre 1821 y 1824, como “genialmente profético”, pero critica su política entre 1825 y 1827 por “catastróficamente obtusa”⁵⁷), brotan del libro un Moreno sin el Plan de Operaciones, un San Martín sin hispanoamericanismo y un elogio a la “feliz experiencia” (1821-1824), en todo coincidentes con el mitrismo.

En la misma línea publica, *De la Revolución de Independencia a la Confederación rosista*, alivianando allí el ya insostenible antirrosismo de la Historia Oficial.

En cuanto a la metodología reconoce que en *Ingresos y gastos públicos en Buenos Aires, 1791/1850* “traté de llevar rigurosamente la concepción de Annales”⁵⁸.

Respecto a sus trabajos sobre el peronismo (*La democracia de masas* y *La larga agonía del peronismo*) ya se ha destacado la perspectiva reaccionaria que prevalece a su análisis. Esta se quiebra insólitamente en el segundo de estos libros donde sostiene, al pasar, que “el peronismo fue una revolución social” y que ello “sólo puede parecer discutible a quienes creían blasfemo dudar que revolución social -y aún revolución- hay una sola: bajo la égida del régimen peronista, todas las relaciones entre los grupos sociales se vieron súbitamente redefinidas y para advertirlo bastaba caminar las calles o subirse a un tranvía”⁵⁹. Esta afirmación demuestra -por izquierda- el desconocimiento de Halperín respecto a los procesos de liberación nacional ocurridos en América Latina que quiebran la dependencia respecto al imperialismo, pero que -salvo en el caso cubano- no constituyen “revoluciones sociales” sino revoluciones nacionales o antiimperialistas producidas en el marco del capitalismo. Por otra parte, inmediatamente desvaloriza su propia calificación al sostener que “esa sociedad no tenía modo de perdurar” y que ya, hacia 1946/48, “Perón sólo se había sumado con muy escaso entusiasmo... a la oleada reformadora y nacionalizadora”⁶⁰. Luego, en varios reportajes, insistirá en descalificar la experiencia peronista -es decir, descalificar esa Revolución Social- pues “se realizó sobre bases muy endeblas”⁶¹ queriendo, “construir una sociedad que tenía que durar medio siglo sobre una situación económica favorable que duró tres años”⁶². Estas reflexiones acerca del peronismo cierran su círculo cuando Halperín señala poco después: “El menemismo es el peronismo que hubiera querido Perón”⁶³. En el mismo reportaje, reivindica al General Justo y señala que el peronismo apenas “modificó en algo lo que Justo había armado” pues “fue Justo quien armó el sistema económico y financiero en que vivimos hasta hace poco”⁶⁴ (contraponiéndose así a la acertada reflexión de Romero (p.) a que hemos hecho referencia).

Otra obra de Halperín, con menor fortuna editorial, ha debido regocijar asimismo a los Mitre y en general a la clase dominante: *José Hernández y sus mundos*. El libro se propone destruir la personalidad literaria y política de Hernández, ambas muy molestas para los sectores reaccionarios en tanto el *Martín Fierro* denuncia la persecución y el despojo que sufre el gaucho, mientras *Vida del Chacho* y los artículos periodísticos constituyen formidables críticas a Mitre. Esta segunda faz de Hernández



fue cuidadosamente escamoteada durante mucho tiempo, como así también el poema fue menospreciado durante años como una milonga sin importancia hasta que Miguel de Unamuno, Pablo Subieta y Leopoldo Lugones lo rescataron. Puestas las cartas sobre la mesa -su poema y su lucha política- era preciso destruir a ambas y Halperín enjuicia a Hernández por ... oportunista. Entendámonos: José Hernández, quien estuvo a punto de ser degollado en Cañada de Gómez, cuya cabeza proponía poner a precio el presidente Sarmiento (proyecto de ley del 25/05/1873)⁶⁵ por haberse insurreccionado con López Jordán, que debió exiliarse y vivir escondido, que tuvo valentía de escribir contra Mitre lo que nadie escribió en aquel tiempo y también la audacia de denunciar la persecución del gaucho por la clase dominante, es acusado de no mantener una conducta política consecuente, ¡nada menos que por Halperín Donghi, el célebre revolucionario que nunca militó en partido alguno y que hace treinta años se le importa un comino de su país pues reside en el extranjero a sueldo de una universidad norteamericana!

7- ¿DESDE DÓNDE “PENSAR LA ARGENTINA”?

Conviene, sin embargo, desechar toda duda, aún a riesgo de redundancia y explicar, nuevamente, las razones del prestigio del Halperín, convertido en “monstruo sagrado”. Para ello, nada mejor que leer el reportaje que le efectúan Roy Hora y Javier Trímboli en *Pensar la Argentina*. Leído y releído atentamente, puede concluirse que Halperín piensa la Argentina desde la óptica de la clase dominante, es decir, que, por boca de Halperín se expresa la clase dominante, con todos sus afectos y sus odios, con su soberbia que lanza aquí y allá su olímpico desdén sobre los sectores sociales enemigos y sus representantes intelectuales, también su prepotencia, que juzga inamovible el orden económico-social del cual es usufructuaria. Allí, empieza por lanzar los peores calificativos respecto al peronismo de los '50: “demagogia”, “contexto corruptor”, “algunas máscaras de la izquierda que hacían acrobacias extrañas para explicar por qué estaban con el peronismo”...⁶⁶. Luego, salta a la universidad del '68 y del '73 para opinar despreciativamente acerca de “producciones que hoy parece totalmente absurdo que alguien las haya tomado en serio. Para dar nombres: Gonzalo Cárdenas era considerado un autor serio”⁶⁷. Al mismo tiempo, rescata al “trabajo más importante de Murmis y Portantiero” porque, en posición muy semejante a la de Milciades Peña otorgan a la oligarquía agropecuaria una política industrializadora a partir de 1935, restándole importancia al peronismo. Después, reitera su apología de Don Bartolo: “Mitre tenía una gran conciencia histórica y era un hombre que impulsaba un proceso de transformación política bastante radical”⁶⁸. Luego añade: “Lo que había ahí, (en Mitre), era una visión de destino manifiesto parecido al norteamericano. Un país que había nacido para crecer sobre una línea que lo haría un país moderno, occidental, de economía avanzada y de desarrollo político que maduraría en la forma más alta inventada por la humanidad para organizarse políticamente, que era la república democrática”⁶⁹ (esta preocupación por elogiar permanentemente a Mitre, va unida a su afán polémico, en el terreno historiográfico, sólo utilizado para repudiar a toda clase de revisionismo y muy especialmente para atacar a Raúl Scalabrini Ortiz por su “obsesión” antibritánica⁷⁰).

Pero, en ese mismo reportaje, Halperín va aún más allá en su rol de portavoz de la clase dominante. Así, celebra el triunfo del neoliberalismo económico y brinda por su perennidad: “En la medida en que eso (la economía peronista con gran participación del Estado) está siendo demolido, Canning se llamará eternamente Scalabrini Ortiz,



pero merecería llamarse Canning. Creo que eso está terminando esa vieja oposición y está quitando toda eficacia actual al revisionismo⁷¹). Es decir, el fin de la historia, con la oligarquía transnacionalizada en el poder. ¿Exageramos, acaso? De ningún modo. Cuatro páginas después, señala: “va a llegar un momento en que la mayoría se va a dar cuenta de que no sólo está pobre sino que es pobre y que va a ser pobre por un futuro indefinido”⁷². Así habla la clase dominante, ensoberbecida por el triunfo alcanzado merced a la traición de la dirección peronista.

Este rol como portavoz de la clase dominante -legitimándola con el prestigio que ella misma se ha encargado de construirle- se ratifica en diversos reportajes. En ellos, una y otra vez reaparece el desdén por las masas populares y sus representantes, la glorificación del mitrismo, el escepticismo y el mensaje de resignación ante el neoliberalismo económico y la dependencia, la perennidad del “modelo” y tantos otros mitos con los cuales la clase dominante intenta someter al resto de la sociedad reasegurando el orden, es decir, sus privilegios. Si Romero (p.) entendía a la historia como una guía para la acción, en Halperín el mensaje se transforma en guía para la resignación: “Lo más alarmante es que las soluciones de Reagan o Thatcher no fueron exitosas pero, al parecer, su único mérito es que son las únicas posibles”⁷³.

Un periodista le pregunta: “¿O sea que el liberalismo no es ni siquiera una elección ideológica?”, a lo cual contesta: “Simplemente, no hay alternativa”⁷⁴. Asimismo, cuando se trata de la dependencia, no la niega -como procedía antes la clase dominante- sino que la reconoce pero rechaza toda posibilidad o conveniencia de quebrantarla: “No es necesario explicar porqué no hablamos más de dependencia. No porque no crea que haya dependencia sino porque las recetas para escapar de la dependencia resultaron todas malas y quejarse de la dependencia es más o menos como quejarse del régimen de lluvias”⁷⁵.

De tal manera, los pobres deben convencerse de que siempre serán pobres y los argentinos que siempre seremos dominados. Porque, además, aunque “cierta conciencia nacional es necesaria, considerando los usos que la idea de lo nacional tuvo en la Argentina, cuantos crímenes sirvió para justificar, no me parece una desgracia que en este momento se haya mandado a guardar”⁷⁶... “En la Argentina ha sido más cierto que en cualquier otro lado aquello que decía Samuel Johnson de que el patriotismo es la última excusa de una canalla”⁷⁷.

De este modo, Halperín es, a la nueva clase dominante, lo que Mitre y sus discípulos fueron a la vieja oligarquía: portavoz ideológico y constructor de un pasado histórico que legitima los intereses del privilegio presente y propende a resguardarlo para el futuro.

8- LUIS ALBERTO ROMERO

Si José Luis Romero aportó honestamente una nueva metodología y Halperín Donghi concurrió, no tan honestamente, con los contenidos, podría señalarse que Luis Alberto Romero se constituyó en el administrador de la herencia. O sea, en “el gerente” de la Historia Social, más preocupado por convertirla en instrumento de una carrera productiva, capaz de catapultar al éxito, de establecer vínculos con asociaciones o fundaciones que prodiguen becas o en ubicarse en asesorías de editoriales, es decir, la carrera de historiador como profesión lucrativa colocando, en plano secundario, la inquietud investigativa dirigida a bucear en lo más profundo de lo ocurrido en el país.



Quizás, por esta razón su labor estrictamente historiográfica no alcanza a parangonarse con la de su padre, movido como hemos señalado, tanto por la vocación científica, como por el compromiso ciudadano.

Recibido en 1968, se mantiene en la cátedra de A. J. Pérez Amuchástegui hasta 1971, año en que cesa “por defender los criterios de la excelencia académica... conflicto que terminó con colegas detenidos y sumariados”⁷⁸. Se halla fuera de la universidad desde 1971 hasta 1984: “En 1973 -señala- no tuve la suerte de ser incorporado en parte -según supe- por mi excesivo gorilismo; fue algo que nunca dejé de agradecer a los compañeros míos que pensaron esto”⁷⁹.

Después de trabajar en el Instituto Di Tella, prepara -con Alejandro Roffman- el libro *Sistema socioeconómico y estructura regional en la Argentina*, “acerca de las relaciones entre la historia argentina, la dependencia y la formación regional”⁸⁰.

En 1975, después de publicar dos artículos sobre Chaco y Formosa, prepara, por encargo de Félix Luna, *La feliz experiencia*, donde analiza el período 1821-1824, desde una óptica que no se aleja demasiado de la cultivada por la Historia Oficial⁸¹.

Asimismo, en colaboración con Leandro Gutiérrez, trabaja un ensayo sobre los sectores populares en Chile, que se publica bajo el título *¿Qué hacer con los pobres? Elites y sectores populares en Chile, 1840-95*. Con Hilda Sabato publica, en 1992, *Los trabajadores de Buenos Aires: la experiencia del mercado*.

Por encargo de Alejandro Katz, para “Fondo de Cultura Económica”, escribe *Breve historia contemporánea de la Argentina* (1994). Este último libro, conjuntamente con *La feliz experiencia*, resultan las obras más importantes de Romero (h.).

Preferentemente, Romero (h.) se dedica a la enseñanza, titular de Historia Social General de la carrera de Historia en Filosofía y Letras de Buenos Aires, así como desempeñando funciones en el CONICET. Al mismo tiempo, desde 1987, es asesor de la colección de Historia Argentina en editorial Sudamericana y en Fondo de Cultura Económica. También colabora en *Clarín* y en la revista *Todo es Historia*, dirigida por Félix Luna.

Al igual que Halperín, Romero (h.) no evidencia preocupación alguna por revisar críticamente a la Historia Oficial, pero sí, en cambio, por descalificar a las diversas expresiones del revisionismo histórico. Así, las asocia maliciosamente con el Onganiato: “La segunda mitad de la década del '60 **signada por el autoritarismo**, está dominada por el revisionismo histórico”⁸². Por el contrario, el fenómeno revisionista se vincula precisamente al alza de masas (Cordobazos y guerrillas) levantada contra ese autoritarismo. Luego, lo descalifica, desde una pretendida posición académica: “Para ellos, los revisionistas, esa historia debía hacerse a la medida de la militancia”⁸³. Explica entonces, “que paradójicamente los años del proceso aclararon las cosas. Los militares arrasaron con vidas, con lugares institucionales y hasta con preocupaciones sociales por la dimensión histórica del presente. Los libros revisionistas desaparecieron de las librerías y su lugar fue ocupado por versiones triviales o pintorescas de la historia. Pero los efectos fueron mucho más complejos. Muchos historiadores marcharon al exilio y muchos de ellos completaron su formación profesional escribiendo sus tesis, que serían los buenos libros publicados en la década siguiente, se profesionalizaron y se familiarizaron con las prácticas del mundo académico internacional. Otros, que se quedaron en el país, ensayaron construir espacios para la Historia Social”⁸⁴.



Esta reflexión de Romero (h.) provoca perplejidad pues identifica claramente a la dictadura genocida como la causante de la pérdida de influencia del revisionismo y al mismo tiempo, la promotora de lo que él llama “la buena historia”, sin que de aquí obtenga las obvias conclusiones. De estos planteos deviene la concepción “profesional” del historiador que el propio Romero (h.) desarrolla en un trabajo presentado en la V Jornada de Interescuelas de Departamentos de Historia y I Jornada Rioplatense de Historia, realizada en Montevideo, en setiembre de 1995. Allí señala que conoce bien estas experiencias (la profesionalización, la vinculación al mundo académico internacional) y especialmente el acercamiento a “los centros de Ciencias Sociales particularmente prósperos en esos años. Esta situación nos llevó a los historiadores a interiorizarnos a fondo de los debates de estas ciencias (así fuera para gestionar con más eficacia los subsidios de las fundaciones) y aguzar el ingenio para buscar, en cada uno de ellos, la dimensión histórica”⁸⁵. Agrega que “estos años aportaron una novedad fundamental en el campo del saber histórico: una fuerte profesionalización. Para muchos historiadores existía la posibilidad de vivir de su profesión y su actividad misma podía ser encarada, no ya como una combinación de afición amateur y sentido misional sino como una actividad profesional, de tiempo completo, sujeta a reglas, que incluían tanto la graduación o la publicación como la obtención de las sagradas “firmas” o recomendaciones que permitían lograr la beca o el ingreso a la carrera. Toda una nueva generación de historiadores, más allá de sus orientaciones académicas o políticas, se educó en la idea de que había una carrera por hacer y que ella incluía habilidades y prácticas desconocidas para quienes se habían formado en el clima más politizado de los ‘60”⁸⁶. Así, reconoce Romero que aquellos del ‘70 -“militantes de la historia”- carecían de las “habilidades” -y por qué no, picardías- de los que les siguieron. Cabe recordar, en este sentido, esta opinión suya, que suponíamos un elogio pero que parece ser crítica: “Hay cosas del oficio que (mi padre) no enseñó, quizás porque para él tampoco fueron importantes: cómo conseguir una beca, por ejemplo”⁸⁷. Pues, de esta profesionalización y estas “habilidades” resulta, según señala, que “los debates aparecían organizados por quienes, desde las mejor organizadas ciencias sociales, conocían las claves de los temas que aportaban recursos y financiamiento”⁸⁸.

Como puede notarse, Romero (h.) otorga suma importancia a esta cuestión del financiamiento y en verdad, una evaluación seria de la Historia Social destaca sus fuertes vínculos con el exterior y el consiguiente apoyo (Becas de las fundaciones Rockefeller y Ford, apoyo de la Asociación Francesa Marc Bloche, Beca Guggenheim, Cursos en Cambridge, etc., así como larga permanencia docente en universidades norteamericanas, caso Halperín). Cabe, asimismo, establecer una correlación entre estas bases de financiación y la “profesionalización” del historiador obsesionado por el “micro-relato” (“comprometido a no comprometerse” en el lenguaje de A. Jauretche) y a la de la mayoría de los jefes de departamentos y titulares de cátedras.

Este historiador “profesional” -que Romero parece colocar en un mundo aséptico, como si las becas bajaran del cielo- representa a “la buena historia (que) domina en la mayoría de las universidades. Una gran cantidad de jóvenes historiadores, con fuerte sentido profesional, tienen becas, realizan doctorados en el exterior o en el país, escriben monografías y hacen buenas carreras”⁸⁹.

Esa “buena historia” por supuesto, es la Historia social. Romero (h.) reflexiona acerca de la manera como se produjo esa preeminencia: “Se fueron decantando un conjunto de criterios específicamente historiográficos, aceptados por un mundo que empezaba



a ser único, en tanto adoptaba un conjunto de reglas comunes... un consenso acerca de cuál era la buena historia y quiénes, los buenos historiadores, ese consenso se conformó en torno de los criterios de quienes, a lo largo de dos décadas, se habían identificado en torno de esa bandera tan amplia pero, en cierto modo, tan precisa, que era la Historia Social⁹⁰... “Esa historia que se identifica a la vez por su adhesión a las viejas banderas de la Historia Social y por su inclusión en el nuevo campo profesional que se estaba definiendo ha llegado a imponerse en el campo del saber histórico **(14)**, lo cual se advierte -agrega- en los grandes historiadores tomados como referentes (Romero (p.) y Halperín) y la segunda línea que son hoy nuestros historiadores mayores⁹¹.

Sin embargo, el mismo Romero reconoce que “no todo funciona de acuerdo con reglas de excelencia y arbitraje, que en zonas más o menos vastas de nuestra comunidad existen sólidas redes informales denominadas trenzas por quienes pertenecen a otras menos exitosas pero no menos espurias, complacencias y complicidades⁹². Admite que “se percibe un cierto malestar, especialmente entre quienes señalan que una comunidad académica sometida para la doble regla de la jerarquía y el formalismo parece hacerse excesivamente conformista. Hay, por una parte, un cierto fariseísmo, un excesivo acatamiento a las formas... y una tendencia a aceptar la autoridad de las voces prestigiosas”. Y agrega: “De alguna manera, esto tiene que ver con la pobreza de nuestros debates. Pocas cuestiones han sido discutidas entre los historiadores, en los últimos diez años y ninguna con el apasionamiento con que algunos lo hicimos en otros tiempos... La vuelta a la democracia parece habernos convencido de que pluralismo significa amable condescendencia y de cualquier controversia se asocia inevitablemente con un conflicto personal o una disputa de poder...”. Y concluye: “Probablemente, se sumen aquí, tanto la reacción de la época frente al gran relato, como los pocos estímulos que un presente angustioso, aporta para pensar con profundidad el futuro, y por ende, el pasado, pero lo cierto es que hoy los historiadores profesionales, legítimamente orgullosos de nuestra práctica profesional, estamos en deuda con la sociedad. Nuestra trabajosa construcción del campo del saber histórico se hizo merced a un consciente y firme apartamiento de las incitaciones y demandas de la conciencia histórica que -sabíamos- se nutría de otras fuentes: algunas de las vertientes del revisionismo o la visión más conformista y definidamente integracionista de Félix Luna⁹³.

De este modo, al tiempo que exalta la profesionalización de los historiadores, Romero (h.) reconoce la conformación de un grupo de historiadores que impone la Historia Social a través de sus redes informales, becas y presas y acepta que esa imposición se ha desarrollado “en un apartamiento consciente de la conciencia histórica” de la sociedad argentina, por lo cual “no ofrece debates importantes” refugiándose en la micro historia⁹⁴.

Así, afirma: “Los historiadores profesionales escriben sobre temas interesantes y variados... los paradigmas son en extremo variados: La dispersión temática y el eclecticismo -tendencia de la historiografía contemporánea- testimonian la actualización de nuestra práctica. Pero también reflejan un problema general, aunque no por eso menos sensible: el escaso interés que los historiadores manifestamos por integrar estos avances dentro de una nueva visión general de la historia, un “gran relato”... El escaso interés también por discutir los problemas y nudos conflictivos de ese relato⁹⁵.



Esta propensión a acentuar el acento profesional, universitario y académico del historiador -por sobre “la historia como incitación de la acción política”- lo emparenta a Romero (h.) con Halperín y no con su padre.

9- HISTORIA SOCIAL Y CUESTIÓN NACIONAL

De manera similar, Romero (h.) y Halperín coinciden -en cuanto a la interpretación histórica- en la tendencia hacia el eclecticismo y aún más, hacia el pesimismo, distanciándose de los replanteos, mayor compromiso político y vocación por los grandes relatos que sustentaba José Luis Romero.

“Lo que reina en la historiografía argentina es un generalizado eclecticismo”⁹⁶, señala Romero (h.). Asimismo, en un reportaje donde le aducen que en su breviario de Historia Argentina “el conflicto aparece poco”, Romero (h.) acepta la crítica: “He oído ese comentario de que es poco conflictivo”⁹⁷.

El eclecticismo de la Historia Social resulta, en definitiva, sumisión a la Historia Oficial, pues tanto Romero (h.) como Halperín dejan intactas las bases del mitrismo.

Romero (h.), comparte la opinión de Halperín ya transcripta donde confiesa que la Historia Social se propone “enriquecer” pero no cuestionar a la Historia Oficial. La estatua de Mitre permanece incólume e inmaculada: “Mitre inventó la Nación Argentina, la Identidad Nacional que era lo que necesitaba para desarrollar su proyecto de Estado nacional. Él decía que la patria nació en 1810 y hoy un historiador no sostendría eso, pero está bien que él lo haya hecho porque tenía una función política, cívica”⁹⁸. Ocurre, sin embargo que el mismo Romero (h.) ha declarado que “los revisionistas no querían hacer historia sino política y por ello no les preocupaba el rigor”⁹⁹, de lo cual resulta que la intencionalidad política y la ausencia de rigor se tolera cuando se trata de Mitre y no cuando proviene de los revisionistas. No sorprende entonces su predilección por “la feliz experiencia” rivadaviana, ni tampoco la reivindicación de la Argentina semicolonial, proveedora de alimentos al Imperio Británico: “La Argentina próspera de principios de siglo que dura hasta los años ’50, tenía la capacidad de integrar a un ritmo rápido a nuevas corrientes de población... a la Argentina, el modelo exportador de alimentos le dio muchísimo resultado hasta la Segunda Guerra Mundial”¹⁰⁰. A lo cual agrega incurriendo Romero (h.) en absoluta falta de rigor, que “esa Argentina” -que pícaramente extiende hasta los ’50 cuando ya había quedado atrás definitivamente- “pudo incorporar a la mayor parte de su población a los derechos sociales”¹⁰¹.

Con diversos rótulos subyace en Romero (h.) -al igual que en Halperín- el viejo relato difundido por Grosso varias décadas atrás, con sus mismos protagonistas: una elite vinculada al extranjero, progresista y unas masas analfabetas reacias a aceptar su propuesta, en resumen, la alternativa sarmientina de “civilización o barbarie”.

Pero como éste resulta demasiado ingenua y gastada, se la reemplaza por antinomias nuevas como “modernización” versus “atraso”, o “democracia” contra “autoritarismo” que enmascaran el mismo enfrentamiento social. Así, sostiene Romero (h.) que “el único objeto que hoy puede imaginar nuestro compromiso (el de los historiadores de la Historia Social) es el de la construcción de una sociedad democrática”¹⁰².

En lo que respecta a la polémica historiográfica, al igual que Halperín, Romero (h.) se caracteriza no sólo por su aversión hacia los revisionistas sino por su complacencia hacia los historiadores que se manifiestan contrarios al peronismo y a la izquierda



nacional, aún cuando lo hagan desde posiciones aparentemente de izquierda. Así, por ejemplo, coincide con Halperín en elogiar el trabajo ya indicado de Murmis y Portantiero “estudio sobre el carácter de la burguesía argentina que habría de tener larga influencia”¹⁰³. Incluso, agrega Romero, que dichos autores “reformulaban y ampliaban las originales tesis de Milcíades Peña, un panfletista de notables intuiciones historiográficas que libró desde posiciones de izquierda una ardua batalla con los nuevos revisionistas (y particularmente con uno a quien bautizó la “cortesana roja de Apold”)¹⁰⁴.

Este entusiasmo de Romero (h.) por Milcíades Peña -en tanto crítico del peronismo y especialmente, de la izquierda nacional- se ensambla con su voto por el Partido Socialista de los Trabajadores, orientado por Nahuel Moreno, en las elecciones del 11 de Marzo de 1973¹⁰⁵, evidenciando así, tanto en lo histórico como en política su incompreensión de la cuestión nacional, déficit ideológico que proviene tanto del sometimiento a los planteos fundamentales del mitrismo, como a la adopción de una posición “clasista”, incapaz de comprender los fenómenos de masas y la necesidad del frente único antiimperialista, en los países dominados.

Interesa constatar asimismo, cómo Romero (h.) coincide también con Halperín en desinteresarse de toda reivindicación antiimperialista, lo cual, en un país sometido a los dictados del FMI y aherrojado por una abultada deuda externa implica colocarse al servicio de la clase dominante asociada al interés extranjero. Ya hemos señalado que Halperín acepta la dependencia pero a condición de denegar toda posibilidad de quebrarla pues se trata de un fenómeno tan natural como las lluvias. Romero, en cambio, utiliza otra táctica: descalifica una y otra vez, los intentos de plantear la cuestión nacional, licua toda reivindicación patriótica reduciéndola a las efemérides escolares y abomina de toda óptica política nacional.

En *Clarín* del 12/09/1994, publica *¿Para qué sirve la historia mundial?* Allí critica “la ola de localismo”... porque “atar la construcción del conocimiento a lo cercano es amputarla y hacerla inútil”... pues “una realidad local no contiene, en sí misma, las claves de su propia explicación”¹⁰⁶. De aquí, pasa a sostener: “¿Es posible construir una identidad circunscripta a un pueblo o aún a una provincia? ¿Lo nuestro se construye a partir de la ignorancia de lo del otro?”. Y concluye: “En nuestros programas de estudio, la historia general debe ser defendida, no sólo porque es necesaria para una comprensión cabal de la realidad, sino finalmente para apuntalar una identidad nacional, sólida, ni chauvinista, ni encerrada, sino universalista, comprensiva y crítica”¹⁰⁷. Desde Comahue, el profesor Eriberto De Pablo le refutó sosteniendo que Romero (h.) “fuerza la argumentación hasta dar con la falacia -en realidad es el pretexto ideológico- que en todo momento tiene presente el autor, que habla de una ola de localismo, como oposición a lo que indistinta e indebidamente denomina “general”, “mundial”, “universal”... La cuestión no está en una falsa dicotomía: local o mundial, porque tal escisión mutila la conciencia histórica del hombre... Estudiar -como nos lo han hecho y por lo visto pretenden seguir haciéndolo- desde una periodización que excluye a la Argentina que recién aparece cuando finaliza la “general”, es como poner el carro delante del caballo”. De Pablo recuerda a Jauretche: “Lo nacional es lo universal visto por nosotros” y este es el punto¹⁰⁸.

En Mayo de 1997, Romero (h.) vuelve a la carga: “Con el paso del siglo, la versión oficial fue endureciéndose, producto del nacionalismo a ultranza, la tradición hispánica y el militarismo”¹⁰⁹. Luego, el 20/06/1998 explicita mejor su posición: “Antes, había sido una nación abierta a los hombres de buena voluntad, una nación liberal y democrática,



1930 fue el punto de reflexión”¹¹⁰. Luego de esta reivindicación de la patria formal, de las efemérides escolares mientras dominaba el capital extranjero, Romero evidencia su fastidio porque apareció “una patria, una e íntegra, donde no había lugar para disidentes. Así los sentí siempre y nunca pude estar cómodo con la simbología nacional y el discurso patriótico” (se supone que a partir de 1945)¹¹¹. Recién después de 1984, reaparece la imagen de nación que Romero (h.) prefiere: “... la patria como espacio de convivencia, pluralismo, tolerancia y discusión. Desde entonces, observo que la imagen de la nación es menos marcial, menos bronceada y el discurso patriótico menos enfervorizado. Las fiestas cívicas son a veces móviles, por el feriado largo. Y la bandera se ve sobre todo en la camiseta del seleccionado. Trivialización, sí. Pero también una nacional convivial, distendida, plural, de todos. Mucho más adecuada -me parece- para constituir en ella una comunidad política democrática”¹¹².

La cuestión nacional aparece vaciada en esta elaboración ideológica porque se le quita todo contenido de soberanía, de política exterior independiente, de control económico de nuestras riquezas, para reducirla a los símbolos, a la mera formalidad, como en la Argentina semicolonial con sus presidentes abogados de Compañías Inglesas como Quintana y Ortiz, o sus ministros de economía empleados de las empresas extranjeras como Pinedo, Krieger Vasena, Martínez de Hoz, Cavallo y Alsogaray.

Pero llama la atención que el 8 de Octubre de 1998, Romero (h.) insista sobre el tema bajo el título: *El nacionalismo patológico*. Un artículo de este tipo podría admitirse como interesante en Francia o en Estados Unidos donde el nacionalismo adquiere rasgos ofensivos que lo llevan a dominar a otros pueblos, pero en la Argentina de “las relaciones carnales” con los Estados Unidos preocuparse de manera tan fanática por descalificar toda cuestión nacional resulta hartamente peligroso. Se dirá, por supuesto, que Romero apunta contra “el nacionalismo” y lo vincula al militarismo y al clericalismo, incluso al “procesismo”, pero sin embargo no quedan dudas de hacia dónde va el misil: “Aquella (la creada por Mitre) era una nación amplia y tolerante que conjugaba con la libertad, las leyes y la república”; en cambio “la otra, es la del primer peronismo que transformó su programa partidario en ‘doctrina nacional’, lo incorporó a la constitución y su jefe pretendió identificarse con el libertador”¹¹³. Luego, aclara aún más: “Tales apelaciones a la unidad siempre implican un otro, alguien que está afuera, quizás acechando, responsable de que no alcancemos nuestro destino de grandeza. Entre la soberbia y la paranoia hemos ubicado en ese lugar, según las épocas, a chilenos, brasileños o ingleses, a la antipatria, al imperialismo, a los subversivos. Hoy, la Argentina ha optado sin duda por la ley, las instituciones, el pluralismo y la tolerancia. Por eso se nos hace tan evidente que aquella concepción de nación -dura, agresiva, intolerante- no nos sirve”¹¹⁴.

Pero como Romero (h.) ha colocado a los subversivos junto al imperialismo en el alineamiento anterior, parece conveniente conocer su opinión sobre “el proceso”. En este sentido, su artículo del 13/01/1998 resulta contundente: “La ESMA debe ser conservada, como los campos de exterminio nazi, como un lugar de recuerdo, reflexión y conmemoración... Hay una memoria del proceso que se está construyendo. Fueron sus artífices iniciales los heroicos luchadores por los derechos humanos. Luego vino el ‘Nunca más’. Todos construyeron una memoria del proceso y la impusieron de tal modo que nadie honorablemente podría hoy recusarla”¹¹⁵. En el mismo artículo señala: “es cierto que los apologistas del proceso fueron pocos, pero la



mayoría aceptó en silencio, se negó a ver, supuso que por algo habría sido o admitió, de manera más o menos explícita, que era necesario establecer el orden”¹¹⁶.

También estamos de acuerdo y valoramos la posición actual de Romero (h.) aunque - si de memoria se trata- resulta bastante difícil olvidar que él colaboraba en el diario *Convicción*, de la marina masserista en abril de 1980¹¹⁷.

10- FÉLIX LUNA

Si el mitrismo tuvo su Grosso y su Astolfi, la Historia Social tiene su Félix Luna. No resulta casual, entonces, la militancia de Luna en el radicalismo -de cuyos gobiernos ha sido funcionario- así como su antecedente fubista del '45 (“Mi abuelo Félix fundó el radicalismo en La Rioja y mi tío Pelagio fue vicepresidente de Yrigoyen”¹¹⁸).

Ha publicado infatigablemente en los últimos años y se ha constituido en el historiador más leído de la Argentina. Se inició en 1954 con *Yrigoyen*, al cual siguieron, entre otros: *Alvear* (1958), *Diálogos con Frondizi* (1963), *Los caudillos* (1966), *Historia de un país maduro* (1969), *El 45* (1969), *La Argentina, de Perón a Lanusse* (1973), *Ortiz, la Argentina opulenta* (1978), *Buenos Aires y el país* (1982), *Perón y su tiempo* (Tres tomos: 1984/1986), *Soy Roca* (1989), *Breve historia de los argentinos* (1994), dirección de *Historia Integral de la Argentina*, *Sarmiento y sus fantasmas* (1997).

La sucesión de títulos marca la evolución de Luna: de Yrigoyen y Alvear pasa a Frondizi (a quien venera: “Lloré cuando lo derrocaron”¹¹⁹). Periodísticamente, pasa de editorialista y director del suplemento cultural de *Clarín* a director de *Todo es Historia*. Historiográficamente del mitrismo, a convertirse en el gran difusor de posiciones semejantes a la de la Historia Social, avaladas por sus *Conversaciones con José Luis Romero* (1978) y la permanente colaboración de Luis A. Romero en su revista.

Posiblemente, Luna sea uno de los casos en que más claramente su ideología liberal-radical somete y sofoca, en el campo de la historia, ricas enseñanzas que le dio, más que la lectura, su propia vida. Así: “su abuela (riojana) no le hacía dormir con cuentos de hadas sino con anécdotas del Chacho Peñaloza o Facundo Quiroga”, y un día -recuerda- “papá me llevó al Museo Histórico y vi la galera que se suponía, había sido de Facundo. Quedé tan impresionado que esa noche tuve fiebre y no pude dormir”¹²⁰. Del mismo modo, también por su raíz provinciana, Luna reconoce como constante de la historia Argentina la oposición Buenos Aires-Interior, a la cual agrega correctamente, “otra constante: el endeudamiento externo”¹²¹.

Asimismo un repaso de la colección de *Todo es Historia*, permite comprobar de qué manera, desde el primer número, con la efigie de Juan Manuel de Rosas (Mayo 1967), pudo pasarse en Agosto de 1987, a la edición de un suplemento con la apología de la empresa inglesa Shell (*Cincuenta años y un destino: Shell, una página del progreso argentino*).

En la misma línea de la Historia Social, Luna aliviana los rasgos demoníacos que el mitrismo había adjudicado a los caudillos federales, incorporándolos al relato histórico en nombre de la amplitud democrática para, más tarde, y por debajo de un supuesto eclecticismo, concluir en el neomitrisimo que consagra Halperín. “Todos, de un modo u otro han hecho la Historia Argentina”, sostiene Luna, como si cumpliendo el mandato de la clase dominante pidiera “tablas” en esta partida ajedrecística de la historiografía. Pero ni siquiera el empate es admitido -ahora que la clase dominante ha adquirido nuevas ínfulas- pues, a lo largo del relato, “si bien todos son iguales”, “unos son más



iguales que otros”. (Así, su defensa de la Unión Democrática de 1946, en *Clarín Viva* del 14/05/1995). Sólo en los periódicos más conflictivos, ese empate sirve como acantonamiento en la retaguardia, concluyendo en la historia de “los dos demonios”. Luis Alberto Romero le da una mano cuando afirma que Luna “se propone demostrar cómo todos -unitarios y federales, peronistas y antiperonistas- contribuyeron, en alguna medida, a construir nuestra sociedad”¹²². Con este criterio podría sostener que tanto el torturador Camps como el asesinado Rodolfo Walsh aportaron también, en términos similares a la Argentina de hoy.

Coincidente con los popes de la Historia Oficial, Luna cultiva -según Romero (h.)- “la amenidad, escasa problematización, tendencia a eludir las cuestiones de fondo y las confrontaciones sobre todo, una inclinación clara y definida a privilegiar las armonías por sobre los conflictos”¹²³, lo cual, en buen romance, significa Historia Social. Sólo que Romero, si bien le reconoce a Luna “un talento verdaderamente notable”, sostiene que “amén de los méritos personales, su éxito habla también de sensibilidades y apetencias de nuestra sociedad tan distintas de las de los ‘70”¹²⁴ y se cuida especialmente desde el estrado universitario y el CONICET, de aclarar que Luna no es un académico, ni un catedrático sino un “periodista-historiador”¹²⁵, es decir, un compañero de ruta pero que no circula en automóvil como ellos, sino en bicicleta.

Luna, a su vez, para prestigiar esa posición de un Grosso divulgador venido de una provincia pobre, se afana por compartir con Halperín los denuestos hacia los revisionistas, publicando un artículo con motivo del fallecimiento de José María Rosa en el cual lo califica de “el último revisionista” e impugna su obra “cuyos emprendimientos intelectuales” no parecen “envejecidos” sino “grotescos”¹²⁶.

11- LA HISTORIA DE LA REVISTA *TODO ES HISTORIA*

Luis A. Romero -al referirse a “La historiografía: de la Historia Social al Revisionismo”- otorga gran importancia a la revista, nacida en 1967 y la emparenta con la Historia Social de esta manera: “Siempre me ha parecido ver en el título mismo de la revista, un eco lejano de la apelación de la escuela francesa (hoy convertida en un lugar común) a sacar a la historia de los estrechos límites de lo político, lo militar, lo diplomático”¹²⁷.

Reconoce, entonces, que ella podría incurrir en el defecto de “astillar la realidad, reducirla a minúsculos fragmentos... tras los cuales no se advierte una similar preocupación por reconstruir una imagen de conjunto compleja y consistente a la vez..., cargo similar al que se le ha hecho y se le sigue haciendo a la escuela de Annales”, pero agrega que esto constituiría “una reacción local contra la preocupación, tan fuerte, de reducir la realidad a algunos únicos y sencillos esquemas”¹²⁸. Reconoce Romero que al principio, en la revista “campeaba un cierto revisionismo genérico que ha ido variando con el tiempo” y “un tono de denuncia, de reivindicación nacional y popular”, que luego fue quedando atrás al definirse una posición en favor del eclecticismo, “traducida en una desconfianza quizás excesiva por la teoría o lo que solía denominarse el ensayo y una fe quizás exagerada en los hechos, los hards facts del empirismo anglosajón que, sin embargo, resultaba favorable en el contexto cada vez más simplificador de nuestro medio intelectual de fines de los ‘60”¹²⁹.

Después de 12 años de su aparición, a partir de 1979, *Todo es Historia* pasó a ser editada por Emilio Perina, seudónimo detrás del cual se escudaba Moisés



Constantinosvsky. Luna y Constantinosvsky participaron del fervor por el frondifrigerismo y algunas malas lenguas sostuvieron, en aquella época, que Constantinosvsky participó también de algunas importantes comisiones en los negocios petroleros de aquella época. De sinuosa vida política, autor de varios libros, entre ellos, *La máquina de impedir*, *Las cuatro confesiones*, *La Mary y Detrás de la crisis*, Perina se constituyó en el asesor directo del presidente Menem en los últimos años y en estrecho amigo de Roberto Alemann¹³⁰. No extraña este recorrido político y su correlato historiográfico, si se tiene en cuenta que el frondizismo intentó, a través de Marcos Menchensky, una síntesis histórica que culminaba en la tesis del “imperialismo progresista y civilizador”, según la teoría de Rogelio Frigerio. No sorprende, entonces, que si la Historia Social mira de reojo a las fundaciones prodigadoras de becas, la revista *Todo es Historia* reciba anuncios publicitarios de grandes empresas y grandes bancos locales y extranjeros (Ford, Bank of America, Banco de Galicia, Sevel, Acindar, Sanatorio Güemes, Gillette, IBM, Argencard, etc.)¹³¹.

El eclecticismo de la Historia Social es llevado por Luna a sus últimas consecuencias. Ello le vale una polémica con Arturo Jauretche en 1972. con motivo de la exhibición de la película *Juan Manuel de Rosas*, de Manuel Antín, Luna sostiene que “el mismo primitivismo con que la historia de Grosso dividía a los argentinos en buenos y malos es el que campea en esta película. La diferencia consiste en que los malos de Grosso son los buenos de Antín y viceversa... Aquí se revive aquel viejo esquematismo con el más elemental maniqueísmo”¹³². Jauretche le refuta sosteniendo que Luna se coloca “en esa posición de ‘bendigo a tutti’ que desde un púlpito neutral le permite distribuir justicia mitad por mitad, eclécticamente”. Luna recoge el guante y sostiene “Creo en la ecuanimidad”... y con una estocada antiperonista agrega: “no soy de los que postulan ‘Al enemigo, ni justicia’... y teoriza: “El país lo han hecho todos, con sus errores y con sus aciertos, y usted mismo, le guste o no, está viviendo en un país estructurado por los hombres que detesta. Podrá intentar modificarlo, pero no puede renunciar a él, ni puede pretender que el país se desprenda de toda una mitad de su historia para asumir solamente la otra mitad...”. Desde la revista *Dinamis* llega, poco después, la respuesta de Jauretche: “... Es que el doctor Luna supone que la posición revisionista en que estamos es una posición de jueces. El que se coloca en juez, puede ser ecuaníme, nosotros no somos jueces, somos fiscales. Estamos construyendo el proceso a la falsificación de la historia y develando cómo se la falsificó, por qué y qué objeto actual y futuro tiene esa falsificación. No somos jueces porque la historia falsificada no está sentada en el banquillo de los acusados para que nosotros la juzguemos. Lo que queremos es sentarla en el banquillo para acusarla ante los jueces, que son las generaciones que vendrán... no puede haber ecuanimidad hasta que no esté demolido el edificio de la mentira. Le pregunto: ¿Qué estatuas están sobre los pedestales?, ¿qué retratos presiden todos los salones de las escuelas y de los edificios públicos de la república?, ¿qué hechos se rememoran oficialmente y cuáles se silencian?, ¿qué dicen los programas escolares secundarios y hasta universitarios?, ¿qué enseñan los maestros?, ¿qué enseñan los libros de textos desde 1º grado?, ¿quiénes están en las academias?, ¿qué dicen los grandes diarios?... No, Luna, no. ‘Igualá y largamos’ como dice el jinete que se apresta a correr una carrera con otro. No es tiempo de ecuanimidad todavía porque para ello hace falta que todos hayan sido -hombres y hechos- medidos con la misma vara y que las oportunidades sean para todos iguales. ¿No se ha dado cuenta, usted Luna, que la Plaza 11 de Setiembre recuerda un episodio indignante y es una de las plazas más importantes de Buenos Aires?”. Finalmente sostiene: “No confunda, doctor Luna, ecuanimidad con



encubrimiento. Y no crea que el revisionismo consiste en desnudar a un santo para vestir a otro. No. Los santos que nosotros defendemos hace ratos que están desnudos y lo que queremos es que los otros se saquen los ropones con que los han disfrazado -hombres y hechos- para empezar, desde allí, entonces sí, una historia con ecuanimidad. La falsificación de la historia es una política de la historia. La revisión también es una política de la historia y debe ser una política combatiente... Es un error frecuente confundir ecuanimidad con eclecticismo. Es lo que le pasa a ese desarrollismo hecho sobre la base de las palabras, puestas por el país y los hechos puestos por el extranjero, que sólo es una variante de la visión crematística liberal que impera en el país después de Caseros: hacer un país en cifras. Nosotros creemos que hacer un país es hacer hombres para que, a su vez, los hombres hagan el país”¹³³

Una vez más queda al descubierto que el planteo de Luna -y de la Historia Social de la cual es su Grosso divulgador- conduce a vaciar a la historia argentina de toda pasión militante, de todo el interés vivo -de polémica ideológica y material- que le otorga la lucha de clases y que coloca al historiador como continuador de aquellas luchas, sumergido en una empresa colectiva que viene desde el pasado y aún está por concretarse. Si la Argentina la hicieron tanto unos como otros, según los Halperín y los Luna, quedan en el mismo plano las víctimas y los represores, los incorruptibles y los entregadores, los idealistas que lucharon por un mundo mejor y quienes empujaron hacia atrás por un mundo peor.

En esta glorificación del eclecticismo y este reconocimiento de víctimas y victimarios como iguales hacedores de la argentina, Luna y Romero (h.) se abrazan, intentando legitimar su conducta con el argumento de que “las corrientes historiográficas eclécticas imperan en el mundo” o que “es preferible la tendencia al equilibrio y la conciliación, por parte de la sociedad argentina”. Olvidan -dada su sumisión ideológica a los países centrales- que la riqueza de los mismos (intercambio desigual, exacción imperialista, intereses de la deuda externa) morigera en ellos los enfrentamientos sociales y por ende la controversia ideológica y política, y olvidan que la clase dominante de la Argentina, agotado su período de esplendor, impulsa “esa tendencia general de la sociedad argentina hacia “la armonía”, por sobre los “conflictos”, pues ese aparente empate -el eclecticismo- le sirve tanto para resguardar su pasado como para consolidar su presente.

En un país encadenado al FMI y a la deuda externa, un auténtico historiador debe privilegiar los “conflictos”, “los antagonismos” y asumir como propio el campo de lo nacional que es el de los trabajadores, aunque esa posición lo excluya de las cátedras, de las academias y de las queridas becas y así seguramente “haría” historia, no como Historia Social que según el propio Romero (h.) se desarrolla “en consciente y firme apartamiento de las incitaciones y demandas de la conciencia histórica del pueblo que -sabíamos- se nutría de otras fuentes”, sino en plena consubstanciación con esa experiencia y esa conciencia histórica. El camino que ellos adoptan, en cambio, es someterse a la orientación general de las clases dominantes externas e internas que prefieren, por supuesto, por supuesto, un relato pleno de minuciosidades, armonías y conciliaciones o desviar la verdadera historia hacia las anécdotas de la novela histórica donde, en general, prevalece también esa concepción vaciadora y esterilizante de las grandes luchas sociales.

De esta forma -congelada la controversia y la pasión por descubrir la verdad- la historia pasa de “incitadora para la acción”, a promotora de la resignación,



reemplazando los proyectos colectivos por las empresas individuales donde las batallas no se dan por grandes banderas sociales sino por becas, prestigio y cátedras.

¹ Luis Alberto Romero: “Todo es Historia”, octubre 1990, N° 280.

² Lucien Febvre: *Combates por la Historia*. Edit. Ariel, Barcelona, 1970, pág. 232.

³ Jorge Castañeda: *La vida en rojo*. Espasa, Bs. As., 1997, pág. 57.

⁴ Hilda Sabato y María T. Gramuglio: “Punto de Vista”, N° 26, Abril de 1986.

⁵ Tulio Halperín Donghi: *Ensayos de Historiografía*. Ediciones El cielo por asalto, Bs. As., 1996, pág. 93.

⁶ José Luis Romero en Félix Luna: *Conversaciones con José L. Romero*, Editorial de Belgrano, 1978, pág. 29.

⁷ Alberto Ciria: Revista “Redacción”, Marzo de 1978.

⁸ José Luis Romero: *Argentina: imágenes y perspectivas*. Edit. Raigal. Bs. As., 1956, pág. 7.

⁹ José Luis Romero en Félix Luna: *Conversaciones...*, pág. 29.

¹⁰ Luis Alberto Romero: “Radar”, suplemento de Página/12, 23/02/1997.

¹¹ Ídem.

¹² Alberto Ciria: Revista “Redacción”, Marzo de 1978.

¹³ Luis Alberto Romero: “Clarín” del 20/02/1997.

¹⁴ Luis Alberto Romero: “Todo es Historia”, N° 336, Julio de 1995.

¹⁵ Tulio Halperín Donghi: “Clarín”, 24/02/1997.

¹⁶ José Luis Romero: *Las ideas políticas en Argentina*. Fondo de Cultura Económica, 1956, Segunda edición, pág. 93.

¹⁷ Ídem, pag. 156.

¹⁸ Ídem.

¹⁹ Ídem.

²⁰ Ídem pág. 247.

²¹ Ídem.

²² Ídem, pág. 255.

²³ Ídem.

²⁴ Ídem, pág. 259.

²⁵ Tulio Halperín Donghi: *Ensayos de Historiografía*, Ediciones El cielo por asalto. Bs. As., 1996, pág. 100.

²⁶ José L. Romero en *Conversaciones...*, pág. 50/51.

²⁷ José L. Romero: *Mitre, un historiador frente al destino nacional, en Argentina, imágenes y perspectivas*, ob. cit., pág. 217 y sigtes.

²⁸ Ídem.

²⁹ Ídem.

³⁰ José Luis Romero en *Conversaciones...*, ob. cit., pág., 26/27.

³¹ Tulio Halperín Donghi: *Ensayos de historiografía*, ob. cit., pág. 93.

³² Ídem.

³³ Luis Alberto Romero: “Clarín”, 20/02/1997.

³⁴ José Luis Romero en *Conversaciones...*, ob. cit., pág. 105, 106.

³⁵ Ídem, pág., 177.

³⁶ Ídem, pág., 125.

³⁷ Alberto Ciria: “Redacción”, Marzo 1978.

³⁸ Tulio Halperín Donghi, reproducido en *Argentina en el callejón*, Edit. Ariel, Bs. As., 1994, pág. 18.

³⁹ Ídem, pág. 26.

⁴⁰ Ídem, pág. 53.

⁴¹ Ídem, pág. 54.



⁴² Ídem, pág. 47.

⁴³ Ídem, pág. 46.

⁴⁴ Ídem, pág. 50/51.

⁴⁵ Tulio Halperín Donghi: “Clarín”, 10/04/1980.

⁴⁶ Ídem.

⁴⁷ Tulio Halperín Donghi: *Argentina 1930-1960*. Editorial Sur, Bs. As., 1961, pág. 64.

⁴⁸ Ernesto “Che” Guevara: Carta a su madre, 20/07/1955, en *Aquí va un soldado de América*, de Ernesto Guevara Lynch, Sudamericana-Planeta, Bs. As., 1988.

⁴⁹ *Memorias del Almirante Rojas*. Editorial Planeta, Bs. As., 1993, pág. 196.

⁵⁰ Joseph Page: *Perón*. Tomo II, pág. 62. Editorial Vergara, Bs. As., 1984.

⁵¹ Jorge Lozano: Revista “Extra”, 1965.

⁵² Tulio Halperín Donghi: *La democracia de masas*. Editorial Paidós, 1991, pág. 83.

⁵³ Félix Luna: *Perón y su tiempo*, pág. 368.

⁵⁴ Tulio Halperín Donghi: *La democracia...*, ob. cit., pág. 76-77.

⁵⁵ Tulio Halperín Donghi en *Pensar la Argentina*, de Roy Hora y Javier Trímboli, Edit. El cielo por asalto, pág. 50.

⁵⁶ Ídem, pág. 51.

⁵⁷ Tulio Halperín Donghi: *Revolución y Guerra: formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*. Editorial Siglo XXI, 1972.

⁵⁸ Tulio Halperín Donghi: “Clarín”, 14/04/1980.

⁵⁹ Tulio Halperín Donghi: *La larga agonía del peronismo*. Editorial Ariel, Bs. As., 1994, pág. 26.

⁶⁰ Ídem, pág. 29.

⁶¹ Tulio Halperín Donghi: “Clarín” 04/07/1993.

⁶² Ídem.

⁶³ Tulio Halperín Donghi: “Página/12”, 16/04/1995.

⁶⁴ Ídem.

⁶⁵ Proyecto de ley enviado por el Poder Ejecutivo, el 25/05/1873, al Congreso, citado por Horacio Zorraquín Becú, en *Tiempo y vida de José Hernández*, EMECÉ Editores, Bs. As., 1972, pág. 210.

⁶⁶ Tulio Halperín Donghi: *Pensar la Argentina*, ob. cit., pág. 36.

⁶⁷ Ídem, pág. 41.

⁶⁸ Ídem, pág. 44.

⁶⁹ Ídem, pág. 51.

⁷⁰ Tulio Halperín Donghi: *El revisionismo histórico argentino, visión decadentista de la Historia Nacional*; en Revista “Punto de Vista”, Abril de 1985.

⁷¹ Tulio Halperín Donghi: *Pensar la Argentina*, ob. cit., pág. 48.

⁷² Ídem, pág. 52.

⁷³ Tulio Halperín Donghi: “Clarín”, 04/07/1993.

⁷⁴ Ídem.

⁷⁵ Tulio Halperín Donghi: Revista “Punto de Vista”, Agosto de 1993.

⁷⁶ Tulio Halperín Donghi: “Clarín”, 04/07/1993.

⁷⁷ Ídem.

⁷⁸ Luis Alberto Romero: “Todo es Historia”, N° 336.

⁷⁹ Luis Alberto Romero: Ídem, Julio de 1955.

⁸⁰ Ídem.

⁸¹ Luis Alberto Romero: *La feliz experiencia*. Editorial La Bastilla, Bs. As., 1983.

⁸² Luis Alberto Romero: “Todo es Historia”, Octubre de 1990.

⁸³ Luis Alberto Romero: Informe a V Jornada Interescuela Departamentos de Historia y Jornada Rioplatense de Historia. Montevideo, Septiembre de 1995.

⁸⁴ Ídem.

⁸⁵ Ídem.

⁸⁶ Ídem.

⁸⁷ Luis Alberto Romero: ““Radar”, suplemento de “Página/12”, 23/02/1997.

⁸⁸ Luis Alberto Romero: Informe a V Jornada..., ob. cit..

⁸⁹ Luis Alberto Romero: “Clarín”, Setiembre de 1994.



- ⁹⁰ Luis Alberto Romero: Informe a V Jornada..., ob. cit..
- ⁹¹ Ídem.
- ⁹² Ídem.
- ⁹³ Ídem.
- ⁹⁴ Ídem.
- ⁹⁵ Ídem.
- ⁹⁶ Ídem.
- ⁹⁷ Luis Alberto Romero: “Todo es Historia”, Julio de 1995.
- ⁹⁸ Luis Alberto Romero: “Clarín”, 08/06/1997.
- ⁹⁹ Ídem.
- ¹⁰⁰ Luis Alberto Romero. “Clarín”, 12/02/1995.
- ¹⁰¹ Ídem.
- ¹⁰² Luis Alberto Romero: Informe a V Jornada..., ob. cit..
- ¹⁰³ Luis Alberto Romero: “Todo es Historia”, Octubre de 1990.
- ¹⁰⁴ Ídem.
- ¹⁰⁵ Luis Alberto Romero: ““Radar”, suplemento de “Página/12”, 23/02/1997.
- ¹⁰⁶ Luis Alberto Romero: “Clarín”, 12/09/1994.
- ¹⁰⁷ Ídem.
- ¹⁰⁸ Eriberto De Pablo: “Clarín”, 27/09/1994.
- ¹⁰⁹ Luis Alberto Romero: “Clarín”04/05/1997.
- ¹¹⁰ Luis Alberto Romero: “Clarín” 20/06/1998.
- ¹¹¹ Ídem.
- ¹¹² Ídem.
- ¹¹³ Luis Alberto Romero: “Clarín” 08/10/1998.
- ¹¹⁴ Ídem.
- ¹¹⁵ Luis Alberto Romero: “Clarín”13/01/1998.
- ¹¹⁶ Ídem.
- ¹¹⁷ Periódico “Convicción”, Domingo 8 de Abril de 1980. Artículo *Importante edición venezolana que reúne los escritos de Manuel Ugarte*, por Luis Alberto Romero.
- ¹¹⁸ Félix Luna: “Clarín - Viva”, 03/03/1996.
- ¹¹⁹ Félix Luna: “Clarín” 23/04/1995.
- ¹²⁰ Félix Luna: “Clarín - Viva”, 03/03/1996.
- ¹²¹ Félix Luna con Pacho O’Donnell, 28/01/1996 en ATC.
- ¹²² Luis Alberto Romero: “Clarín” 22/09/1994.
- ¹²³ Ídem.
- ¹²⁴ Ídem.
- ¹²⁵ Luis Alberto Romero: “Todo es Historia”, Octubre de 1990.
- ¹²⁶ Félix Luna: “Página/12”, 04/07/1991.
- ¹²⁷ Luis Alberto Romero: “Todo es Historia”, Octubre de 1990.
- ¹²⁸ Ídem.
- ¹²⁹ Ídem.
- ¹³⁰ “Página/12” 28/01/1996.
- ¹³¹ “Todo es Historia”, Junio de 1954, N° 206.
- ¹³² Félix Luna: “Todo es Historia” N° 60.
- ¹³³ Arturo Jauretche: en *Dinamis*, reproducido en *Las Polémicas de Jauretche*, Los Nacionales editores, Bs. As., 1982.



Contratapa

Una escuela histórica no puede organizar todo un mecanismo de la prensa, del libro, de la cátedra, de la escuela, de todos los medios de formación del pensamiento... Tampoco puede reprimir y silenciar las contradicciones que se originan en su seno y menos las versiones opuestas que surgen de los que demandan la revisión. Sería pueril creerlo y sobre todo, antihistórico,...

No es, pues, un problema de historiografía sino de política: lo que se nos ha presentado como historia es una política de la historia, en que ésta es sólo un instrumento de planes más vastos destinados, precisamente, a impedir que la historia, la historia verdadera, contribuya a la formación de una conciencia histórica nacional, que es la base necesaria de toda política de la nación.

Arturo Jauretche

Política Nacional y Revisionismo Histórico
A. Peña Lillo Editor, Buenos Aires, 1959, pág. 7



Cuadernos para la Otra Historia
© Centro Cultural “Enrique S. Discépolo”
Av. La Plata 2193
C1250AAL Ciudad de Buenos Aires
República Argentina
Tel/fax: (+54-11) 4923-2994
e-mail: web@discepolo.org.ar
Internet www.discepolo.org.ar

